

centro de interés de los once primeros capítulos del Génesis, a saber, el drama de la condición humana en el mundo. Los diversos personajes que se van sucediendo—Adán y Eva, Cain y sus descendientes, los pueblos que intentan edificar la torre de Babel—representan arquetípicamente a la humanidad entera que pretende ocupar el puesto de Dios, constituyéndose así en norma última de su propia conducta. Esta pretensión, en lugar de convertir al hombre en dueño de su destino, hizo entrar en el mundo el sufrimiento y la muerte, rompió los lazos fraternales entre los hombres y provocó la dispersión de los pueblos. En el marco de esta historia, Dios va a realizar su designio de salvación.

Para describir este drama, los autores inspirados no recurrieron a formulaciones abstractas. Lo hicieron por medio de una serie de relatos convenientemente ordenados, de hondo contenido simbólico, que llevan la impronta del tiempo y de la cultura en que fueron escritos. Por eso, al leer estos textos, es imprescindible distinguir entre la verdad revelada por Dios, que mantiene su valor y actualidad permanentes, y su expresión literaria concreta, que refleja el fondo cultural común a todos los pueblos del Antiguo Oriente.

LA CREACIÓN DEL MUNDO Y LA CAÍDA DEL HOMBRE

1 Al principio Dios creó el cielo y la tierra. ² La tierra era algo informe y vacío, las tinieblas cubrían el abismo, y el soplo de Dios aleteaba sobre las aguas.

³ Entonces Dios dijo: "Que exista la luz". Y la luz existió. ⁴ Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas; ⁵ y llamó Día a la luz y Noche a las tinieblas. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el primer día.

⁶ Dios dijo: "Que haya un firmamento en medio de las aguas, para que establezca una separación entre ellas". Y así sucedió. ⁷ Dios hizo el firmamento, y este separó las aguas que están debajo de él, de las que están encima de él; ⁸ y Dios llamó Cielo al firmamento. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el segundo día.

⁹ Dios dijo: "Que se reúnan en un solo lugar las aguas que están bajo el cielo, y que aparezca el suelo firme". Y así sucedió. ¹⁰ Dios llamó Tierra al suelo firme y Mar al conjunto de las aguas. Y Dios vio que esto era bueno. ¹¹ Entonces dijo: "Que la tierra produzca vegetales, hierbas que den semilla y árboles frutales, que den sobre la tierra frutos de su misma especie con su semilla adentro". Y así sucedió.

¹² La tierra hizo brotar vegetales, hierba que da semilla según su especie y árboles que dan fruto de su misma especie con su semilla adentro. Y Dios vio que esto era bueno. ¹³ Así hubo una tarde y una mañana: este fue el tercer día.

¹⁴ Dios dijo: "Que haya astros en el

firmamento del cielo para distinguir el día de la noche; que ellos señalen las fiestas, los días y los años, ¹⁵ y que estén como lámparas en el firmamento del cielo para iluminar la tierra". Y así sucedió. ¹⁶ Dios hizo los dos grandes astros —el astro mayor para presidir el día y el menor para presidir la noche— y también hizo las estrellas. ¹⁷ Y los puso en el firmamento del cielo para iluminar la tierra, ¹⁸ para presidir el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y Dios vio que esto era bueno: ¹⁹ Así hubo una tarde y una mañana: este fue el cuarto día.

²⁰ Dios dijo: "Que las aguas se llenen de una multitud de seres vivientes y que vuelen pájaros sobre la tierra, por el firmamento del cielo". ²¹ Dios creó los grandes monstruos marinos, las diversas clases de seres vivientes que llenan las aguas deslizándose en ellas y todas las especies de animales con alas. Y Dios vio que esto era bueno. ²² Entonces los bendijo, diciendo: "Sean fecundos y multiplíquense; llenen las aguas de los mares y que las aves se multipliquen sobre la tierra". ²³ Así hubo una tarde y una mañana: este fue el quinto día.

²⁴ Dios dijo: "Que la tierra produzca toda clase de seres vivientes: ganado, reptiles y animales salvajes de toda especie". Y así sucedió. ²⁵ Dios hizo las diversas clases de animales del campo, las diversas clases de ganado y todos los reptiles de la tierra, cualquiera sea su especie. Y Dios vio que esto era bueno.

Dios dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza; y que le estén sometidos los peces del mar y las aves del cielo, el ganado, las fieras de la tierra, y todos los animales que se arrastran por el suelo".

²⁷ Y Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer.

²⁸ Y los bendijo, diciéndoles: "Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los vivientes que se mueven sobre la tierra". ²⁹ Y continuó diciendo: "Yo les doy todas las plantas que producen semilla sobre la tierra, y todos los árboles que dan frutos con semilla: ellos les servirán de alimento. ³⁰ Y a todas las fieras de la tierra, a todos los pájaros del cielo y a todos los vivientes que se arrastran por el suelo, les doy como alimento el pasto verde". Y así sucedió. ³¹ Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el sexto día.

2 Así fueron terminados el cielo y la tierra, y todos los seres que hay en ellos.

¹ El séptimo día, Dios concluyó la obra que había hecho, y cesó de hacer la obra que había emprendido. ² Dios bendijo el séptimo día y lo consagró, porque en él cesó de hacer la obra que había creado. ³ Este fue el origen del cielo y de la tierra cuando fueron creados.

La creación del hombre y la mujer

Cuando el Señor Dios hizo la tierra y

1 26-27. "Hagamos al hombre": el término "hombre" corresponde a la palabra hebrea "adam", que tiene un significado genérico y designa a toda la especie humana. Aquí no se habla de una pareja —"un hombre y una mujer, como en los capítulos 2 y 3— sino de toda la especie humana: es la humanidad como tal la que ha sido creada a imagen de Dios. El plural "hagamos" indica una deliberación de Dios, que pone de relieve la importancia de la obra que él va a realizar.

2 El texto hebreo utiliza aquí dos expresiones semejantes "adam" y "adamá" —que significan respectivamente "hombre" y "suelo"— para poner de relieve la estrecha relación que existe entre el hombre y el medio donde habita.

8. El hombre es mortal por naturaleza y debe

el cielo, ⁵ aún no había ningún arbusto del campo sobre la tierra ni había brotado ninguna hierba, porque el Señor Dios no había hecho llover sobre la tierra. También había ningún hombre para cultivar el suelo, ⁶ pero un manantial surgía de la tierra y regaba toda la superficie del suelo. ⁷ Entonces el Señor Dios modeló al hombre con arcilla del suelo y soplo en su nariz un aliento de vida. Así el hombre se convirtió en un ser viviente.

⁸ El Señor Dios plantó un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado. ⁹ Y el Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, que eran aptos para la vista y apetitosos para comer; hizo brotar el árbol de la vida en medio del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal. ¹⁰ De Edén nace un río que riega el jardín, y desde allí se divide en cuatro brazos. ¹¹ El primero se llama Píson: es el que recorre toda la región de Javilá, donde hay oro. ¹² El oro de esa región es excelente, y en ella hay también bedelio y lapislázuli. ¹³ El segundo río se llama Gulgón: es el que recorre toda la tierra de Cus. ¹⁴ El tercero se llama Tigris: es el que pasa al este de Asur. El cuarto es el Eufrates.

¹⁵ El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara. ¹⁶ Y le dio esta orden: "Puedes comer de todos los árboles que hay en el jardín, exceptuando únicamente el árbol del conocimiento del bien y del mal. De él no deberás comer, porque el día que lo hagas comer, darás sujeto a la muerte".

retornar al suelo de donde fue sacado (3, 19). Pero Dios, gratuitamente, lo introdujo en "el jardín de Edén", símbolo de la amistad divina, y le concedió el acceso al "árbol de la vida", símbolo de la inmortalidad (v. 9). El mandamiento impuesto por Dios muestra que la amistad con él y el don de la inmortalidad estaban condicionados por la respuesta libre del hombre.

9. "El árbol del conocimiento del bien y del mal": la realidad representada por este símbolo no puede ser simplemente el discernimiento moral —prerrogativa que Dios no niega al hombre— sino la facultad de decidir por sí mismo lo que es bueno y malo, independientemente de Dios. Al desobedecer el mandato divino, el hombre reivindica para sí una autonomía que no se conforma con su condición de criatura y usurpa un privilegio exclusivo de Dios.